



mamiento de sangre, pues es indudable que trajo como consecuencia una guerra civil entre los diversos pretendientes al trono, de algunos de los cuales llevamos hecha mención.

Esta destrucción de «la mentira» no se consideró, sin embargo, suficiente: la confiscación de bienes eclesiásticos que los herejes habían llevado a cabo, fué anulada; los templos fueron reconstruidos y el sacerdocio volvió a ocupar su antiguo lugar. Solo con ricos presentes podía atraerse de nuevo sobre el país el favor de los antiguos dioses; así cuando Haremhebi se hizo cargo del gobierno y «salió de Tebas, descendiendo por el río como imagen de Ra Harmachis,» fué su primer cuidado «restablecer las viviendas de los dioses desde el delta hasta Nubia;» y como las antiguas estatuas habían sido destruidas, mandó construir otras nuevas, colmó a los templos de ofrendas propiciatorias, de enseres de oro y plata, les dotó de sacerdotes y de cherhebs, puso en ellos una guardia de hombres escogidos y les cedió campos y ganados. Y lo hizo así, porque era el rey escogido por los dioses dirigidos por Amon «para hacer lo que alegraba el corazón de los dioses en Tebas, Heliópolis y Menfis.»

La actividad del monarca no se consagró exclusivamente a los dioses; era además preciso restablecer una organización vigorosa en todos los ramos de la administración. En una gran inscripción (1), por desgracia muy mutilada, alábase el rey de su propósito de hacer que la justicia imperase en Egipto y en acabar con el crimen y con la injusticia, y enumerar algunas medidas aisladas que adoptó y llevó a cabo y que, por lo que sabemos, iban especialmente dirigidas contra la rapacidad de los altos funcionarios y contra los actos de tiranía que se cometían con motivo de la percepción de contribuciones, amenazando a los que unas y otros cometieren con grandes penas.

La posteridad tuvo en gran honor a Haremhebi por haber sido el restaurador del imperio de la ley y haber dado a los dioses y a los hombres lo que les correspondía. La dinastía que fundó fué de larga duración. Su sucesor Rameses I (en egipcio Ra'msesu), con el cual solemos comenzar la dinastía décimanovena (2), no fué hijo suyo, pero sí su próximo pariente, quizás su hermano. Por esto en todos los monumentos de posteriores tiempos vemos incluido a Haremhebi en la nueva dinastía.

La generación (3) que medió entre la muerte de Amenhotep III y la entronización de Haremhebi fué de capital importancia para la historia egipcia, pues marca el punto de retroceso de su desenvolvimiento espiritual. Así como hasta entonces se presenta un innegable progreso en punto a ideas religiosas, progreso que se realizaba lentamente y con algunas raras interrupciones y variaciones, entonces hacíase de todo punto imposible un desarrollo ulterior. Destruída sangrientamente aquella tendencia que quería deducir las consecuencias de las conquistas realizadas en la esfera de las ideas religiosas; detenida la religión en un punto intraspasable, y fijada para el porvenir una norma inmutable por encima de la cual no podía nadie pasar, el triunfo de la ortodoxia significaba el estancamiento de la vida espiritual. Cierto que en los tiempos más inmediatos se encuentran entre los hombres que habían presenciado las luchas religiosas, como por ejemplo en la tumba de Haremhebi, algunos hermosos y sentidos himnos en los cuales, aunque partiendo del punto de vista

(1) Bouriant: *Recueil de Travaux*, tomo VI, pág. 41.

(2) Manethon parece comenzar la décimanovena dinastía con Seti I, pero su lista de reyes, por lo menos tal como aparece en los extractos, está tan desfigurada y confusa, que nada positivo puede sacarse de ella.

(3) Los desórdenes religiosos no debieron de durar más de treinta años. No sabemos cuánto tiempo reinó Haremhebi, pero es difícil que su reinado durara más de diez años.

ortodoxo, se ensalza al dios del sol y su magnificencia (4); pero muy luego se opera en la religión un movimiento constante de retroceso, y si bien exteriormente se presenta cada vez con mayor magnificencia y ejerce plena soberanía sobre todas las conciencias y lo que es más, sobre todos los resortes del país, en su interior va consumiéndose lentamente. Las formas y fórmulas, de espantosa monotonía, son cada vez más largas, pesadas y absurdas, pero el espíritu está muerto para no volver a resucitar. En vano se buscará en todo el arsenal de la literatura religiosa que desde la décimanovena dinastía hasta los tiempos del imperio romano ha llegado hasta nosotros, una sola idea nueva ni siquiera un ropaje nuevo de que revestir una idea antigua.

Esto hace que con el sistema formulista llegue a su completo desarrollo la magia, así la reconocida por la religión y por ella ejercida, que asegura la defensa contra los malos espíritus y quiere crear una vida feliz, como la que es castigada con duras penas corporales y aun con la muerte. Esta última especie de magia, que es por lo mismo la que con más celo se cultiva secretamente, es también la que procura utilizar los hechizos para causar daños y para conseguir por medios ilegítimos poder y riquezas. Esta tendencia, como sabemos, arranca de las mismas raíces de la religión egipcia, está con ella íntimamente enlazada y ha ido, desde entonces, en constante aumento, y destruido ya lo que podía servirle de contrapeso, puede avasallar todo sin obstáculo alguno. Desde la décimanovena dinastía encontramos a cada paso la hechicería y las fórmulas mágicas que envenenan toda vida espiritual: las obras de medicina de aquella época, por ejemplo, se encuentran plagadas de ellas y están, en este concepto, muy por debajo de otras obras cándidas é inofensivas de tiempos anteriores, que si bien contienen alguna que otra superstición no subordinan el tratamiento científico a fórmulas curativas inventadas por la demencia (5). Hasta nosotros han llegado innumerables papiros mágicos para defenderse ó para sacar partido de las fantasmas y monstruos, de los cocodrilos y serpientes y para tener apoyo en la tierra y en las aguas. Desde los tiempos de la décimanovena dinastía hasta el triunfo del cristianismo, y aun después, ningún ramo de la literatura egipcia ha florecido tanto como éste, cuyo principal objeto es buscar el nombre misterioso del oculto dios primitivo con el cual puede dominarse a todos los dioses y espectros. A fines de la dinastía décimanovena, descubrióse que la forma más eficaz de este nombre era la que resultaba de la combinación de letras sin ningún sentido (6). En los libros de hechizos, en los textos de los muertos y en las obras científicas se ha hecho desde entonces extraordinario uso de este descubrimiento, subsistiendo el procedimiento hasta muy entrada la época cristiana. Para ofrecer solo un ejemplo, diremos que el libro de hechizos después falsamente atribuido al sabio Amenhotep comienza con estas palabras: «¡Oh Schauagatanagata, hijo de Arukata, Kauaruschagata! ¡Oh toro varón, Horo que tiendes la mano! ¡Protégeme contra todas las cosas malas y malignas!»

Además cultivábase con gran energía la ciencia de los pre-

(4) Véase más arriba. Una manifestación hecha por el «padre divino de Amon» Nofhotep con ocasión de recibir el «oro» de manos de Haremhebi, es una prueba de la manera que se tenía de armonizar estas ideas con la ortodoxia. Ensalza, en efecto, a su dios — si no entiendo mal el párrafo — como rey de los dioses que conoce al que le conoce, recompensa al que le sirve y robustece al que le sigue. El es Ra y sus cuerpos los soles (*aten*); él es en eternidad. (Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, 40 e.)

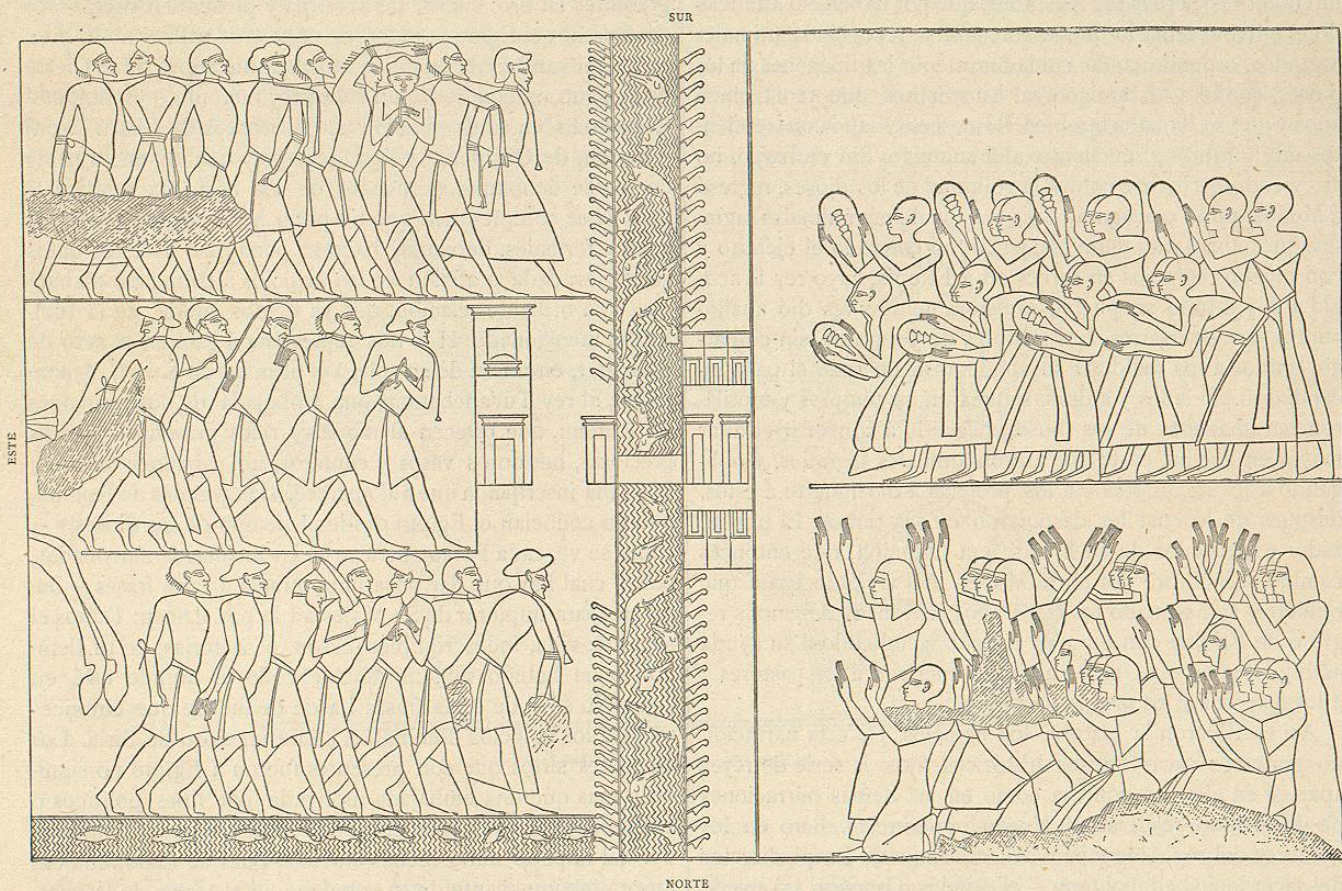
(5) Por ejemplo en el papiro médico de Londres: *Revista de la Sociedad orientalista alemana*, XXXI, 451.

(6) ¿Ha influido en esto el frecuente contacto con los idiomas de Asia y de África?

sagios. «Los egipcios descubrieron a qué dios pertenecía cada mes y cada día y cuál sería el destino de cada uno según el día en que naciese, cómo moriría y qué clase de hombre sería» (1). Poseemos también un papiro del tiempo de Rameses II que dice minuciosamente de cada día, partiendo de la base de los acontecimientos mitológicos que en él se han realizado, si será fasto ó nefasto, lo que durante él debe hacerse ó dejar de hacerse, si hay que salir ó quedarse en casa, etc. La conducta y los pensamientos de los egipcios hallanse cada

día más sujetos a un molde; el egipcio va perdiendo cada vez más la aptitud para ser y crear algo por sí mismo.

Una relación de Manethon que ha llegado hasta nosotros nos explica la idea que la posteridad se formó de la gran revolución que la apostasía de Chuenaten produjo. Aquel sacerdote egipcio ha tomado su relación, según él mismo dice en los extractos de Josefo, no de noticias escritas, sino de la tradición popular y aun desfigurándola por haber creído (2) encontrar en ella una relación egipcia del éxodo de los judíos



Defensa fronteriza de Egipto (Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 128 b).

A la izquierda: El rey Seti I regresa a Egipto procedente de una campaña emprendida en la península del Sinaí. Los beduinos schasus prisioneros, algunos de los cuales llevan sombreros especiales, preceden a su carro de guerra, del cual solo aparecen en el dibujo las patas de un caballo. — A la derecha: Los altos funcionarios y sumos sacerdotes saludan al rey en la frontera del país. La línea fronteriza que consiste en un largo canal defendido por una empalizada y en comunicación por el Norte con otras aguas, probablemente el lago Menzalé, ocupa el centro del dibujo. El puente echado sobre el canal está a ambos lados cubierto por fuertes: el fuerte de la izquierda (al Este) lleva el nombre de Zaru.

Esto se debe a que la cuestión relativa al origen y a la historia primitiva de los hebreos era ya entonces objeto de animada discusión en el Bajo Egipto y en Alejandría, donde residían muchos judíos, y los egipcios no podían en manera alguna comprometer la fama de su tradición histórica, que abrazaba muchos millares de años, confesando no saber nada de un suceso como el éxodo de los israelitas.

«El rey Amenofis (Amenhotep), — dice Manethon, — tuvo el deseo de contemplar a los dioses como lo había hecho antes el rey Horo, para lo cual pidió consejo al sabio Amenofis, hijo de Paapi, quien le declaró que podría conseguir su objeto si purificaba todo el país de los leprosos y de todos los demás hombres sobre quienes pesaba una maldición. El rey se alegró mucho y reuniendo a todos los que tenían defectos corporales, que serían como unos 80,000 hombres, los envió a las canteras del Este del Nilo para que trabajaran en ellas: entre ellos había también algunos sacerdotes leprosos. El sa-

bio y profeta Amenofis temió, sin embargo, por sí y por el rey la cólera de los dioses cuando se viesen obligados a dejarse ver, y comprendió que los leprosos podrían recibir auxilio y que durante trece años reinarian en Egipto; pero no atreviéndose a decirse de palabra al rey, se lo escribió y luego se dió la muerte. El rey se encontró entonces desalentado. Cuando hubo transcurrido mucho tiempo (3), los que habían sido enviados a las canteras pidieron al rey que les cediese la

(2) Él ó probablemente ya uno de sus antecesores. Manethon dice aquí que el rey Amenofis (= Amenhotep) fué sucesor de Rameses II, al paso que éste es por él mismo en otros parajes llamado por su verdadero nombre Ammenephtes (= Merneptah). Añade Josefo que Manethon no señala a Amenofis número alguno de años de reinado. Es indudable que Manethon hizo una gran confusión con estas tradiciones. Con la tradición que nos ofrece Manethon van enlazadas las narraciones que circulaban entre griegos y romanos acerca del origen del pueblo judío, pero ni directa ni indirectamente han sido tomadas de ella.

(3) Esta manera de narrar sin conexión y deficiente es genuinamente egipcia. La historia fué probablemente traducida de un papiro hierático del Nuevo imperio.

(1) Herodoto, II, 82.